

5 de abril de 1946

Por Paul-Henri BOURGUIGNON

**... y en Bruselas
presencia del hombre**

En nuestra columna anterior, hablábamos de pintura belga que siempre ha sido una pintura sobre todo humana, una pintura a la medida del hombre, es una cualidad que consideramos, por nuestra parte, como una cualidad primordial, no solo en la pintura sino en la obra de arte que sea. Las modas pasan, solo quedan las obras en las que se ha cristalizado la vida, porque la vida, a pesar de ciertas apariencias externas, será naturaleza muerta, similar e idéntica a sí misma. Este es por qué una obra humana será siempre una obra obsoleta o más de una actualidad permanente.

Esta emoción humana, la encontramos en las obras gráficos que nos presenta Germaine Lévy en la Galerie Marcel Baugniet y Poucette Fauconier, en la Galería Manteau.

No vamos a tratar de explicar lo que hace la originalidad de la línea en uno y la espontaneidad de describir en otro. No, porque creemos que la pintura es autosuficiente y que es un lenguaje suficientemente rico y maravilloso para permitir al artista que lo emplea, para expresar lo que quiere decir, siempre que, por supuesto, tenga cosas que decir.

Como escribió André Breton: "Lo maravilloso es siempre bello, sólo lo maravilloso es bello."

Creemos, pues, muy sinceramente, que el papel del crítico debe limitarse a llamar la atención del público sobre las obras que correría el riesgo de pasar desapercibido y que, sin la ayuda de literatura vana, que no sirve de nada aquí.

En cuanto a Poucette Fauconier, salvaje es sinónimo de joven, diríamos de ella que es salvaje. Con ella todo es espontaneidad, casi podríamos escribir una confesión.

Nada premeditado en su arte, que en el análisis parece haber un montón de faltas y defectos.

Ella tiene este gusto de lo inacabado y su dibujo parece torpe. Y sin embargo, qué vida, qué pasión, qué humanidad.

El idioma que nos habla es un idioma propio, porque no aprendió nada y al no haber aprendido nada, tampoco necesita desaprender.

Ignora las proporciones y pretende ignorarlas, las deformaciones más atrevidas tuercen sus personajes y decorados que habitan y, sin embargo, nada es impactante, porque nos sentimos que ninguna deformación es buscada o voluntaria.

Sus súbditos que podrían haber sido sólo marionetas tienen una rostro que habla, ojos que viven, dedos que se mueven y todo ello sin grandes frases ni gestos pomposos, porque viven su vida cotidiana o más bien su propia vida, porque es su propia vida que Poucette Fauconnier nos cuenta en cada uno de sus dibujos;

Alternativamente sus alegrías, sus sueños, sus decepciones, todos los pequeños incidentes de un día, nos los entrega enriquecidos de su poder poético, porque parece haber conservado el don de la infancia y el sentido de lo maravilloso.